

—Bueno; cuando quieras.

Y entonces, como si hubiera sido llamado ex profeso, subió el dueño de la casa á reclamarnos los dos plazos que le debíamos.

Usted no conoce más que á los caseros acomodados allá de sus barrios; pero el nuestro no es uno de esos ricachones: eso es lo que le falta. Su casa no tiene más que cinco habitaciones de sesenta francos cada una, y él es ya demasiado viejo para trabajar en nada. Duerme el pobre en el pasillo, para alquilar también su cuarto. Cuando le falta algún plazo se ve en mil apuros.

—Señor Moro—le dije, apenas formuló su reclamación,—no crea usted que es por causarle á usted extorsion, sino que ya no tenemos medio alguno de vivir, y vamos á poner fin á nuestra existencia.

Pero él no nos creyó, y nos llamó tramposos y otras mil perrerías, concluyendo por ponernos á la puerta de la calle. Una vez fuera de casa, había la dificultad de que ya no tenía uno ni siquiera dónde matarse, ni con qué, puesto que mis piernas no podían llevarme á la orilla del río.

Adela estaba como una piedra: ya no lloraba.

De casualidad conocía yo el sitio éste en que nos hallamos, por haber dormido aquí con un camarada una noche que ventamos de pasar el lunes en

Suresne. Me ocurrió una idea, y la dije á Adela:

—Mira; sube á casa del alemán, y véndele lo que tenemos encima, la ropa puesta, así en junto, á cuenta de ajenjo, por lo que quiera darte.

—¡Ya te entiendo!—me respondió;—tú te quieres matar á fuerza de beber; pero yo que no bebo.....

—¿Y qué le hace?—la dije;—bebe esta vez y no tendrás necesidad de beber mucho, por lo mismo que no estás acostumbrada: ahí tienes.

Adela hacía siempre lo que yo quería, y la suerte fué que el niño estaba en aquel momento en casa de la vecina; si le hubiera tenido allí, no hubiera quizá subido á casa del alemán.

Fué, pues, resuelta y decidida. ¡Ah, como que ha sufrido todavía más que yo! Y cuando atravesaba la puerta, la dije:

—Nos hacen falta también un par de sacos para meternos en ellos cuando ya no tengamos ropa.

No me respondió una palabra, y siguió. Nada la detenía, porque, en aquel momento, de seguro que ni siquiera se la ocurría que es pecado matarse.

El alemán bajó en seguida: la cosa lo merecía. Adela estaba vestida decentemente, y yo tenía debajo de la blusa un buen chaleco de Bayona casi nuevo. Este es el que más he sentido. El alemán tanteó nuestras prendas, y comenzó el ajuste.

Nos arreglamos en que había de darnos los dos sacos y dos azumbres de ajeno, que, á mi ver, era más de lo que nos hacía falta, pues que se puede uno morir con una sola botella de media azumbre bebiéndola de un tiron. De las dos azumbres no trajo el alemán más que azumbre y media; la otra media debía entregárnosla cuando viniera á recoger nuestros efectos al *nuevo domicilio*, que era aquí.

Lo cual era muy justo; pero yo no podía andar. Y como no teníamos más que treinta suses de lo que nos había valido el colchon, y los coches de plaza nos querían dos francos y medio por conducirnos aquí, el alemán me dijo:

—Voy á pedir prestado un carrito de mano y te llevo en coche hasta allá. Así, de paso, voy yo á entregarme en vuestros pingajos.

Por su parte no podía estar más amable, ¿no es así?... ¡Pero parece que está usted asombrado!...

A Dios gracias, Pedro Blot se quedaba todavía muy por bajo de la verdad. No era asombro lo que yo experimentaba; era que me faltaba la tierra debajo de los pies, con la relacion de aquellas desgarradoras atrocidades. Parecíame estar oyendo una historia inventada por un loco.

Creía yo saber largo y tendido sobre las negras oscuridades de nuestro siglo, vencedor del oscuran-

tismo y de la ignorancia; pero aquello me cogía de nuevas. No hubiera yo podido ni soñar nunca nada que se pareciese ni de lejos á aquella tranquila y desoladora pesadilla.

—Y ahí tiene usted—continuó sencillamente Pedro Blot—todo se iba arreglando. Echamos á andar, yo en el cochecillo que el alemán empujaba, y Adela detrás con su botella de agua clara en la mano, que nunca se separaba de ella, ni la podía excusar un momento á causa del ardor que sentía en el pecho. Traía además el niño á la espalda....

—¡Cómo!—exclamé yo;—¿también traían ustedes consigo el niño?

—¡Pues claro!—me contestó Pedro;—y me parece que no debía de maravillarle á usted, puesto que le ha encontrado aquí.

Y añadió, con un tantico de aspereza:

—¿Le habíamos de abandonar?

Calléme la boca, y continuó Pedro:

—Adela no lo hubiera consentido. Por cierto que venía balbuciendo: «¡Virgen María, tened piedad!—¡Jesús misericordioso, todos los niños son vuestros!» Y añadía: «Lo que es yo no me mataré: estoy agonizando.» Pero esto no la impedía de andar.

Al fin se llegó. Por fortuna la garita estaba libre. Era de noche: yo ayudé á Adela en su tocado, es

decir, á desnudarse, y la metí en el saco con el niño. Para entonces ya había vuelto ella á empezar á llorar entre sí sin levantar el grito, y á disparatar en voz baja: «¡Jesús mío, el niño no tiene culpa: no ha cumplido todavía tres años. ¡Si yo pudiera llevarle conmigo!»

A mí me desnudó el alemán, mientras yo le decía, disculpándome de que llorase Adela: «Eso es la mala educación. Todas las tontadas del Catecismo la vienen á la imaginación en el momento de dar el gran salto.....»

—Pero ¿es decir que aquel hombre sabía que ustedes se querían matar?—le interrogué yo, no pudiendo todavía dar crédito á mis oídos.

—Pues claro—replicó Pedro.—Y á él ¿qué le importaba? Es allá de Prusia, es verdad; pero fuera de donde quisiera, eso no viene al caso: un comerciante es un comerciante. Y luego, por otra parte, la libertad.... Cuando acabó de hacer un lío con nuestros vestidos, estábamos ya instalados de la manera que usted nos encontró, sin más diferencia que Adela tenía al niño en los brazos, y yo tenía conmigo las dos azumbres de ajeno. El alemán se hallaba con todo un poco embarazado para despedirse y dejarnos, y buscaba una frase para marcharse. Por fin nos dijo: «La suerte que tenéis es

que estamos en el mes de Junio y no os constiparéis. Buenas noches.»

Y echó á andar por la cuesta abajo con nuestros ajueres en su carreto.

Yo encendí la pipa, y me puse á beber en seguida; pero me gusta mucho el ajeno, ¿sabe usted? mucho del todo, y no podía menos de recrearme bebiendo trago á trago, por golosina; tanto, que la primera noche con las dos botellas que embaulé no sentí más que alegría, mucha alegría. ¡Ah, soy fuerte! ¡Y qué á gusto estaba yo, y qué satisfecho de haber escogido este medio! El alemán no me había engañado; el ajeno era bueno.

Adela no quiso beber nada, ni siquiera una gota. Se dejó caer tan larga como era, y dijo: «Ha concluido una de llorar y de todo.»

Y casi inmediatamente después tosió con violencia como si se la desgarrara el pecho. Sudaba tanto que la corría el sudor, y eso que no había más que una tela, el saco, entre sus espaldas y el suelo húmedo y frío. Yo decía para mí: «Con eso tiene bastante,» y no me daba pena maldita; al contrario, me reía todo pensando en el alemán, que había dicho que afortunadamente no nos constiparíamos. ¿No es verdad que esto era gracioso, cuando estábamos dispuestos á matarnos? Lo que me impre-

sionó un poco fué cuando ella dijo: «¡Tener un niño.... ¡me había dado tanto gozo!.... ¡Era tan moñín, y yo le quería tanto!... Dios misericordioso cuidará del niño.....» Y luego añadió: «¡Virgen Santísima, concededme la gracia de tener á la hora de mi muerte un sacerdote..... ó si no es posible, hacédme sufrir mucho para morir: ¡haced que cumpla toda mi penitencia en este mundo!»

Estas son tonterías, pero parece que da miedo de oirlas.

Yo, en tanto, bebía cuanto podía, y no me hacía nada; me ponía contento; pero cosa de abrasarme, imposible.....

Pedro Blot hizo un esfuerzo para afirmar y fortalecer su voz, y prosiguió:

Los hay que resisten: yo, por ejemplo. ¡Sería yo capaz de vivir aunque comiera vidrio molido! Me creen muerto á cada paso, y luego despierto como un león. Si yo dijera lo que he sufrido en París, solo del todo, antes de conocer á Adela, no me lo creerían. He visto algunas veces murciélagos clavados á las puertas, que se movían aún al cabo de ocho días: una cosa parecida ha sucedido conmigo. Soy capaz de comerme de una sentada más de lo que yo peso ó de lo que abulto, y después soy capaz de ayunar como las beatas. ¡Ah! la libertad re-

fuerza el cuerpo, y luego el ajenjo le quema á usted por dentro, es verdad, pero le forra á usted todo de hierro; y al contrario, la superstición le ablanda á usted y le amilana, porque es la esclavitud. La pobre Adela no dejaba de tener voluntad para el trabajo, pero no sabía reanimarse. ¡Siempre débil y tímida por las necedades del Catecismo, de que la habían atracado, y por no haber querido aprender á beber! No tenía malicia ni ideas..... ¡Lo que las embrutecen á las niñas en los conventos y en las escuelas de las monjas! Por más que trabajé, nunca pude hacerla tener el nervio y el vigor mío..... En fin, dichosa de ella, que ya no siente nada. Duerme como las piedras.....

Seguí, pues, bebiendo toda la primera noche sin morirme, y me dormí soñando que todo estaba ya en regla y que me anegaba tranquilamente en la nada. ¡Allí sí que se está bien! Duróme esto casi todo el día siguiente, y no desperté hasta el oscurecer, que vino á sacarme del sueño una tos fuerte y rabiosa de Adela, lo cual me puso de muy mal humor, por encontrarme todavía vivo, y me dije: «Esto es insufrible: soy demasiado fuerte.» Adela y yo no nos hablábamos ya; tenía yo muy mal la cabeza, como que me estorbaba..... y ella tosía con una tos tan honda que respondía dentro de mí. Yo

me tapaba las orejas para no oirla, y me puse á beber de nuevo por compromiso. Había que llegar al término, ¿no es verdad? La sed no entraba aquí ya para nada, ni el gusto: la cólera, sí. Adela me fastidiaba. Estaba yo ya enfadado de haberla traído. Aquellos momentos no fueron nada buenos.

Una patrulla de soldados pasó ahí cerca por la zona de la ronda. Tuve tentaciones y aun deseos de llamar á la guardia; hubieran al menos llevado á Adela y al niño..... ¡Ah, lo que es el niño, es más listo!..... Era de ver lo prudente que estuvo. No respiraba..... Pero como no quiere uno bien á los militares, y luego hubiera tenido que desistir..... y se hubiera uno visto en los periódicos, donde todo lo ponen ahora. Hubieran dicho que el hombre (que sería yo) había hecho lo que esos que se tiran al río desde lo alto de un puente, para gritar en seguida ¡socorro! Estas cosas cuando fracasan dan mucho que reir, y yo tenía que guardar mi dignidad.

¡Para haber estado languideciendo después quién sabe el tiempo! ¡Oh, no; eso, no! Al cabo la pobre Adela no ha padecido apenas. Yo creó que se debió marchar de algún golpe de tos ó ahogada por el asma cuando me despertó al empezar la segunda noche. Hacía ya rato que no se la oía quejarse ni gimotear con su cura, que la Virgen debía enviarla

milagrosamente según se lo había suplicado, ni pedir á Dios llorando «¡perdon, perdon, perdon!» yo no sé de qué, porque era más inocente que su niño, dulce y suave como la leche, y sin maldad, salvo los rosarios con que me fastidiaba y me consumía la paciencia.

Hubo, pues, un instante en que todo quedó en silencio aquí en redor mío, cuando ella ya dejó de foser, después que me había despertado. El niño no rebullía. Me entró un miedo que me hacía dar diente con diente; yo no sé por qué tenía miedo; lo cierto es que me costó mucho trabajo contenerme y no empezar á vocear..... Pero ¡la fuerza que yo tengo!.... Me amordacé con el cuello de la botella, que hundí violentamente en la boca, y bebí hasta que se me acabó el aliento.....

Al cabo y á la postre estaba ya completamente borracho, y veía por todas partes millares de luces. Si llego á cerrar el ojo en aquel momento, hubiera tenido una bonita muerte; la muerte del hombre que no teme á nada ni cree en nada: la muerte tras de que yo iba.

¡Pero sí, búscala! Soy demasiado fuerte. Lejos de morirme, jamás de la vida me había encontrado mejor que entonces; empinaba y envasaba licor y más licor, y no me hacía nada: es imposible ma-

tarme á mí, bien seguro. Me volví á dormir, sin dar cuenta cuándo acabé de vaciar la tercer botella de media azumbre y antes de empezar la última..... Y también esta vez soñaba, pero no que estaba aquí tendido en tierra, sino que vivía muy á mis anchas en una casa grande como un palacio, y mía propia, toda mía, y que repartía zoquetes de pan á los que antes eran ricos, á quien nosotros habíamos ya hecho adelgazar; yo les daba todo el pan que me pedían según iban pasando por delante de mi puerta.

¿No es uno tan malo, eh?

Y Adela también era parte de mi sueño; parecíame escuchar en el viento una voz que me decía: «Yo, por mí, no; yo no me he matado; estoy rogando á Dios por tí, y Dios me ha perdonado porque le amaba.

¡Siempre Dios! ¡Majaderías! ¡Si es que le hay, que lo diga de una vez para que lo sepamos! Conoce uno á Mazagrán porque le ha visto; pero ¿quién es el que ha visto á Dios?....

Esta vez fué el nene quien me desperté tirándome del pelo. Se había escapado del saco, en donde Adela ya no podía retenerle, y pedía de comer. Según desperté sobresaltado tenía perturbadas las ideas, y no acordándome ya de nada de lo que

estaba pasando, dije: «¡Mujer, dále la sopa al nene, que nos deje en paz!»

Pero nadie me respondió, naturalmente; y recordándolo entonces todo de una vez, dije para mí: «¡Necesita ser uno de hierro para haber resistido á lo que uno ha bebido!.... ¡No hay más remedio que volver á beber!» Y así parecía, ¿verdad?....

¡Ah, no por cierto! El agua me corría de los ojos como de una fuente.... ¡Estaba muerta!.... ¡Adela estaba muerta!.... Los ojos se me quemaban y el corazón se me desfallecía. Porque, entienda usted, Adela tenía sus defectos; ya se lo he dicho á usted: en primer lugar, no sabía beber ni reirse; esto sin contar con su enfermedad, que era muy fastidiosa, y su Virgen Santísima, que lo era todavía un poco más. Pero habíamos sido ambos á dos igual y juntamente desgraciados, ambos á dos jóvenes; nos lo contábamos todo; de suerte que yo no sé si he amado más que á ella desde que estoy sufriendo esta vida perra.... ¡Adela, Adela! ¡Mi pobre Adela querida!....

Al fin me dí una palmada en la frente, y me dije: «¡Pedro, has de ser hombre! ¡Afuera niñerías! Adela ya no sufre. Duerme en el seno de la nada, donde se debe dormir á lo grande.»

Y diciendo esto, eché la mano buscando mi úl-

tima botella, pues estaba seguro de no haberla des-
tapado todavía. Pero verá usted qué chasco: los ni-
ños no respetan nada..... el chiquillo había jugado
á los bolos con la botella: el suelo era quien se ha-
bía bebido mi ajenjo en lugar mío, y yo me desollé
los dedos contra los cascós del vidrio roto. ¡Mal-
hayal...

Traté de atrapar al nene, pero se me puso en
salvo; entonces fué cuando entró su mujer de usted
en busca de agua sin saber lo que estaba pasando
aquí dentro, y yo la dije que se llevara si quería la
botella de Adela. Ahí tiene usted toda la historia.

—Y no es historia muy bella, por cierto—dijo la
voz severa de Magdalena, que había vuelto hacia un
momento y estaba sentada en el dintel de la puer-
ta con el niño dormido en los brazos.—Yo apues-
to—añadió,—á que este pobrecín no está siquiera
bautizado.

Pedro se echó á reír.

—¡Bautizado! —repetía;—¡bautizado mi nene!
También ella es buena.

Y añadió en seguida:

—La pobre Adela tenía tantas ganas de bauti-
zarle..... Pero el obrero tiene su dignidad.

—Amigo Pedro—le dije yo;—¿quiere usted que
le lleve conmigo?

—¿A dónde?—exclamó Magdalena espantada.

—A nuestra casa—la respondí con tono resuelto.

—¿A nuestra casa? ¡Tú no estás bueno! ¿Y dónde
quieres meterle en nuestra casa?

—Quiero meterle en mi cuarto y en mi cama—
repliqué.

Y me levanté para acercarme á Magdalena.

—Tú no comprendes lo que es este hombre—la
dije por lo bajo;—es un villano rematado, pero
tanto mejor; precisamente por eso no debo abando-
narle. No necesito más que ocho días para tornarle
de negro en blanco, y hacer de él un santo com-
pleto. Ya ves que daba en su sueño zoquetes de pan
á los ricos cuanto querían, y que amaba á esa po-
bre mujer.....

—¡Lo que veo es que la ha matado!

—¿Sabes lo que él ha sufrido?

—No ha sentido más que la última botella.

—Ha buscado refugio en el embrutecimiento, no
digo que no; pero eso es que no conocía el refugio
de Dios. Tartufa utopista, que «hace su negocio»
exaltando el apetito bestial de la naturaleza hu-
mana, le ha mostrado, en reemplazo de Dios, el ol-
vido en la embriaguez, la libertad en la nada, la
igualdad en la muerte. En tiempo de Moisés había
ya farsantes que hacían á Israel postrarse ante un

becerro. Y este pobre petate, como no conocía nada más allá, ha contemplado absorto el encanto imbecil que le mostraban en el porvenir: una montaña formada con todo el oro, todo el tabaco, todo el ajo, todas las marsellesas y todo el ajenjo de la tierra, y se ha lanzado allá á cuerpo muerto, con los ojos cerrados, de cabeza. Lo que él no conocía, ó por mejor decir, lo que había olvidado era á Dios, y yo le mostraré á Dios. Me siento capaz de hacerlo, y creo además que ese es mi deber.... ¿Lo oye usted, Pedro, mi amigo? De usted es de quien hablo (había yo ido levantando la voz poco á poco y llegando á un movimiento oratorio que me parecía bellissimo); ¿lo oye usted, pobre infeliz? Yo le mostraré á usted á Dios, yo que le conozco, yo que también me veo anegado, pero en ese océano de consuelos fortísimos y de seguras esperanzas, que es Dios. Yo estaba quebrantado y abatido como usted, y más que usted; yo era vicioso como usted, y doble que usted; yo era como usted blasfemo, ¡ah! y diez veces y cien veces más que usted: ¡Cuántas veces no he amenazado al cielo con el puño cerrado! Yo veía en el cielo un sér deslumbrador, terrible, inmenso, y tenía razón, porque Dios es todo eso; pero no la tenía porque no veía al mismo tiempo al otro Dios, al Dios dulce y humilde de cora-

zon, al Dios querido de todos los que no tienen fuerza para sufrir y claman ¡misericordia! al Dios herido, al Dios mártir, llorando con los ojos y con el corazón el agua y la sangre de su milagrosa agonía.....

Magdalena hacía con la cabeza señales de aprobación; pero Pedro dijo tranquilamente:

—Vaya, vaya, déjeme usted en paz. Si hay ese Dios tan bueno que usted dice, buen provecho.

—Ya lo ves, hombre—murmuró Magdalena, dejando caer los brazos desalentada.

Y Pedro prosiguió, medio bostezando:

—Maldito el caso me hago yo de semejantes sermones. Si uno quiere ahogarse, ahí está el río. En vez de jurar y votar contra el ajenjo, págume usted de beber, que tengo sed.

Magdalena, verdaderamente humillada, pero no asombrada en manera alguna de mi fracaso, repetía:

—Ya lo ves, hombre, ya lo ves.... No hay duda que vas adelantando....

—Yo adelantaré—la interrumpí;—yo iré adelantando cada día un poco, y no habrá nada capaz de detenerme. Te engañas si crees que este pobre hombre se burla de mí....

—Lo que es eso, no—me interrumpió Pedro

Blot;—nadie se burla de usted, que al fin es un anciano; yo también sé respetar las manías de cada uno..... ¡Vamos! ¿qué es lo que paga usted?

—Pago, en primer lugar,—le respondí con cierta severidad,—el entierro de esa mujer.....

Pero hube de cambiar de tono en seguida, porque un movimiento de Pedro me hizo notar que ponía el dedo en una llaga, que no por estar encubierta con un harapo de cinismo, era menos viva y penetrante, y añadí amistosamente:

—Pago, en segundo lugar, el bautismo del chiquito, si usted quiere; y pago, en fin, el *simon* para llevarle á usted al hospital, ya que usted no está de parte de venirse conmigo á mi casa, por no tener que oír tantos sermones.

—De una manera ó de otra—dijo hablando sola Magdalena,—la moneda de cien suses se irá de esta hecha; pero ¿qué importa, si al fin y al cabo así no servía de nada?

Y bien hubiera podido continuar sin que nadie la interrumpiera, porque Pedro estaba mudo en aquel momento. Sólo, después de un buen rato, dijo con voz algo demudada:

—¡Ah, sí! ¡Pobre Adela! ¡El entierro..... el entierro! Yo he sido la causa de que haya muerto, y yo aún vivo. Lo cual, seguramente, no es heroico.

Yo no le contesté nada, y continuó:

—Me espera allá donde está. Lo prometido es deuda, y deuda sagrada..... Es menester seguirla..... Oiga usted, caballero: bebiendo media azumbre de ajeno de un tiron, sin respirar, estoy seguro de morir sin remedio: es cosa que no falla. Pues bueno, le doy á usted el nene á bautizar por media azumbre.

—Aceptado—dije yo en seguida.

—¿Cómo es eso?—exclamó Magdalena;—vas tú á darle el arma con que matarse.

La impuse silencio, y.....

Juan se interrumpió aquí para decirme:

—Puede ser que creas que al aceptar el extraño trato de Pedro me llevaba yo mi idea, ó tenía algún plan preconcebido, ó le entreveía siquiera; pero no, yo quería hacer bautizar al niño, ni más ni menos, esperando que luego por el camino encontraría algún medio de hacer entrar en razón al padre. Por otra parte, bien lo sabes tú que has escrito para el teatro: llega un momento en la escena en que es menester que los personajes se muevan y cambien de sitio á todo trance. Este momento había llegado. Era menester moverse, y dije á Magdalena:

—¡Vamos! ¡En marcha para la iglesia!

—Espere usted á ver—dijo Pedro en el instante

en que salíamos; —yo no sé si es que me engaño; pero se me figura que tengo las piernas sueltas. Ayúdeme usted á levantarme, si usted me hace el favor. En caso de que pudiera ir hasta la pobre Adela, desearía verla por última vez y hablarla antes que me la lleven.

Le cogí por los sobacos, y aunque no tengo mucha fuerza, no me costó apenas trabajo el ponerle de pie, porque él también se hizo muy ligero. Pero tornó á sentarse inmediatamente, exclamando:

—¡Las piernas están firmes! Quite usted el saco. Estoy seguro de que podré andar.... ¡Ah! ¡Mal rayo me parta!... ¡Qué lástima! ¡Adela y yo nos hemos descorazonado demasiado pronto!

—¡A buen tiempo acuerda usted á pensarlo!— dijo Magdalena implacable.

Yo en tanto le quitaba el saco tirando de él por los pies, y Pedro se levantó el solo, aunque tambaleándose, es verdad, y pálido como un espectro.

Lloraba el infeliz balbuciendo el nombre de Adela, y pude entenderle estas palabras:

— ¡Ella sí que se hubiera puesto contenta al verme de pie!... ¡Vaya usted ahora á creer en Dios, que deja que sucedan tales cosas!

Después dijo de pronto:

—Denme ustedes un cuchillo si le tienen

—¡Muchas gracias!—exclamó Magdalena;—para que se hiciese usted daño....

—No,—dijo Pedro,—ahora no; palabra de honor.

Y como Magdalena le diera el cuchillo que llevaba en la cesta de la merienda, abrió en el hondon del costal una abertura suficiente para sacar la cabeza, y á los lados otras dos aberturas para los brazos, con lo cual, metiéndose en seguida el costal por arriba, se proporcionó una especie de vestimenta semejante á la toga de los antiguos romanos, quedándole los brazos al aire y las piernas igualmente libres y desnudas. Llegó medio tambaleándose al rincón donde estaba la muerta, y en cuanto estuvo en situación de poderla ver, dejó caer los brazos, exhalando al mismo tiempo un sordo gemido. Permaneció un instante sin voz, y después reventó en sollozos.

—Nos hemos apresurado demasiado,—repetía;—nos hemos dado demasiada prisa; podíamos vivir, puesto que yo podía todavía trabajar.... Héla aquí muerta, por haberla dicho que había que morir.... ¡Pero no soy yo la causa.... es la miseria.... y la sociedad.... y Dios!

Luégo, serenándose, por medio de un gran esfuerzo, dió un paso hácia nosotros y nos dijo:

—Ahora váyanse ustedes, si quieren. Ya sé que

traerán ustedes un cura para llevarse el cuerpo, y no se lo impido, ya que la pobre Adela clamaba por un cura antes de morir; pero yo por lo menos conservaré mi dignidad: teniendo ya este saco sobre las carnes, no me veré obligado á permanecer aquí para cuando entre la clerigalla.

Después de lo cual nos volvió la espalda, y nosotros, Magdalena y yo, nos fuimos, llevándonos el niño, al que ni siquiera había querido mirar.

De modo que Magdalena no aguardó á que hubiéramos atravesado el umbral para decirme:

—¡Ah! querido; puedes gloriarte de haber puesto mano en el asunto!..... ¡Qué hermosa conversion has hecho!.....



IV

LA RESERVA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

HRA esto un jueves, 5 de Julio, día de San Bonifacio, y ve ahí por qué el chiquito se llama Facio, abreviatura del gran inglés Winfredo, que llegó á ser el Arzobispo y apóstol Bonifacio, á quien debe el beneficio de la fé la mayor parte de Alemania.

Todo el camino adelante, mi buena Magdalena, libre ya del susto terrible que había tenido por unos momentos de ver á Pedro Blot, su pipa y su ajenjo, instalados en nuestra reducida casa, fué dándome muestras de su buen humor con irónicos plácemes sobre el resultado de mis predicaciones.

Su excelente corazón estaba sin embargo muy